

Para yo dar [...] congrua y saludable melezina: Celestina, ¿bruja o médica?

Carlos Rubio Pacho

Yo, Celestina, tu más conocida clíentula, te conjuro por la virtud y fuerça destas vermejas letras, por la sangre de aquella noturna ave con que están escriptas, por la gravedad de aquestos nombres y signos que en este papel se contienen, por la áspera ponçoña de las bívoras de que este azeite fue fecho, con el qual unto este hilado: vengas sin tardança a obedescer mi voluntad y en ello te embuelvas y con ello estés sin un momento te partir (Rojas, 1991: 293-294).

Al leer tales palabras ningún lector podría dudar en considerar a Celestina como una bruja; sin embargo, en realidad ésta es la única ocasión en la que la vieja se presenta actuando como tal al conjurar (o, acaso habría que decir, ¿amenazar?) a una fuerza superior. No obstante, el invocado no es el esperado Diablo, sino un Plutón, de resonancias clásicas. Así pues, la cuestión se presenta mucho más compleja de lo que parecía a primera vista. El tema de la magia en la obra de Rojas se ha convertido, como bien lo recuerda Ana Vian, siguiendo al autor de la obra, en “instrumento de lid o contienda” (1990: 41-91), pues la crítica moderna ha elegido entre dos posibilidades: la de negar absolutamente cualquier importancia al tema de la magia, como lo hiciera en su momento María Rosa Lida de Malkiel (1962) o, por el contrario, considerarla “tema integral” de la obra (Russell, 2001: 281-311). Asimismo, también se ha discutido acerca de si la vieja Celestina es una bruja, unida al diablo mediante un pacto, o si sólo se trata de una hechicera, con conocimientos de magia popular. Lo que en verdad es el meollo de la cuestión, como recuerda con gran perspicacia Patrizia Botta, “es si la rápida transformación de Melibea se debe a los hechizos de Celestina o bien a factores psicológicos” (1994: 47).

No es mi intención participar en el debate a favor de una u otra postura, pues considero que la riqueza y ambigüedad que caracterizan tanto a la *Comedia* como a la ampliada *Tragicomedia*, aportarían pruebas suficientes para reforzar cualquiera de las dos tesis. Mi propósito es algo más modesto: mediante un acercamiento a los tratados médicos de la época, aportar algunos nuevos datos que puedan ayudar a una mejor comprensión de la obra.

En sus albores, la ciencia médica no sólo dependía de la razón, sino que también estaba conformada por la experiencia práctica y la superstición. Si se considera a las primeras grandes escuelas médicas de la Edad Media, Salerno y Montpellier, muchos de sus remedios curativos provenían de la experiencia de comadronas y no solamente de las teorías galénicas e hipocráticas. Además, hay que recordar que no será sino hasta finales del siglo XV cuando se comience a realizar observaciones directas; esto es, mediante la disección de cadáveres.

Por otra parte, la teoría de los humores, de origen hipocrático, y enriquecida por Galeno, dominará el saber científico a lo largo de toda la Edad Media y será compartida tanto por clérigos como por seglares,

así como por cristianos e infieles. Según Hipócrates existían cuatro humores: sangre, flema, bilis amarilla y bilis negra. Por su parte, Galeno estableció que todas las cosas estaban compuestas de cuatro elementos (tierra, agua, fuego y aire), a los que les correspondía una cualidad: seco, húmedo, caliente y frío. Así, al correlacionar los humores con los elementos se establece una analogía entre la fisiología humana, las estaciones del año y las edades del hombre, así como con la naturaleza del alimento y, en última instancia, con el Universo todo (Thomasset, 1992: 67-68). Según esta teoría, existen cuatro temperamentos o “complisiones”, a decir del Arcipreste de Talavera: sanguíneo, colérico, flemático y melancólico. Las mujeres en general eran melancólicas por su naturaleza fría y seca (Wade, 1989: 40), lo cual será causa de muchos de sus males físicos, como se verá más adelante.

También resulta conocido que la mujer era considerada, principalmente por los teólogos, como un ser dominado por su naturaleza, en especial por sus órganos sexuales. Obviamente, la única manera de controlar sus apetencias era mediante la regularización de su vida sexual, a través del matrimonio, cuya única finalidad era la concepción.

Así pues, la mujer era una suerte de “ser desconocido” y temido por la mayoría de los hombres, incluidos los científicos. A partir del siglo XII, en la medicina se comenzaron a distinguir varias clases de profesionales: los médicos propiamente hablando, de origen universitario; los cirujanos, los sangradores o barberos y las comadronas, quienes se ocupaban de las enfermedades femeninas, así como de los partos. Algunas mujeres combinaban esta actividad, llamémosla ginecológica, con otras prácticas, como la magia y la alcahuetería.

Si se toman en cuenta las consideraciones anteriores, no es difícil entender que, además de los seis oficios que, a decir de Pármeno, profesora Celestina, ésta “fazíase física de niños” (Rojas, 1991: 242); esto es, partera. El mismo personaje proporciona una detallada lista de sustancias que figuraban en la llamada botica o laboratorio de la vieja; todos estos productos, de diverso origen, tienen múltiples aplicaciones: algunos se emplean lo mismo para efectos cosméticos que para la confección de pócimas mágicas¹; aunque también “los hay de medicina general, pero sobresalen los de aplicación ginecológica” (Vian, 1990: 53).

Si nos atenemos a las evidencias del texto, Celestina se nos presenta como hechicera a partir de sus acciones –especialmente en la escena del conjuro– o a través de los diálogos de otros personajes: Sempronio y Pármeno en el Primer Auto y Lucrecia en el Décimo:

Sem.: —Días ha grandes que conozco, en fin de esta vecindad, una vieja barbuda que se dize Celestina, *hechicera*, astuta, sagaz en cuantas maldades ay (Rojas, 1991: 233-234);

Pár.: —Ella tenía seys oficios, conviene a saber: labrandería, perfumera, maestra de hazer afeytes y de fazer virgos, alcahueta y un poquito *hechicera* (Rojas, 1991: 241-242);

¹ Algunos de los efectos, la mayoría de carácter psicotrópico, que producen algunas yerbas en las brujas son estudiados detalladamente por J. Ramón Fernández (1999).

Luc.: —El seso tiene perdido mi señora. Gran mal es éste. Cativado la ha esta *hechicera* (Rojas, 1991: 432)²

Pero ella jamás se definirá a sí misma como bruja o hechicera; más bien se ve como una suerte de médico. En su primera intervención, cuando Sempronio le informa del negocio que trae entre manos, Celestina alude a la alegría que siente el cirujano ante el descalabrado; igualmente, en su primera conversación con Pármeno, la anciana se referirá a Calisto como un enfermo que ella habrá de curar. Pero, ¿cuál será esta enfermedad de la que el mismo Calisto se duele? Los tratadistas de la época nos informan que se trata del *hereos*: “Amor que hereos se dize es solicitud melancólica, por causa de amor de mugeres” (Cátedra, 1989: 213).

Para Galeno, el amor apasionado era una enfermedad somática, relacionada con la melancolía mientras que para Constantino el Africano se trataba de una enfermedad del cerebro. A través de la medicina árabe, estos conocimientos pasaron a los médicos medievales, especialmente a la Escuela de Montpellier; así, para Arnau de Vilanova, el amor se ubica dentro de los cinco tipos de locura que describe en el *Liber de parte operativa* y, por su parte, Bernardo de Gordonio, en su *Lilium medicinae*, lo define como una variedad de los dieciocho tipos de enfermedades mentales. La obra de éste gozó de una enorme difusión en la Península Ibérica, pues desde temprano circuló en traducciones y para 1495 se publicó una edición en Salamanca. Si atendemos a las ideas de algunos de los teóricos mencionados antes, así como al interés de algunos distinguidos maestros universitarios, como Alfonso Fernández de Madrigal, el Tostado, acerca de la naturaleza del amor, podemos encontrar que la enfermedad de amor o *hereos* fue un tema nodal en la discusión intelectual del siglo XV. Para todos estos autores, se trataba tanto de una enfermedad del alma como del cuerpo, aunque tampoco se puede olvidar que también influían causas de carácter socioeconómico.

Al tratarse de una enfermedad, el *hereos* tiene unas causas, unos síntomas, un pronóstico y diversas maneras de tratamiento. El nombre del mal, amor *hereos* o heroico —según Bernardo de Gordonio— se debe a que es exclusivo de los hombres ricos y nobles, ya que éstos son inclinados a tener muchos placeres. Como se recordará, en el argumento general de *La Celestina*, Calisto es presentado como “de claro linaje, de gentil disposición, de linda criança, dotado de muchas gracias, de estado mediano” (Rojas, 1991: 207), aunque, a decir de su criado Sempronio, “Fortuna medianamente partió contigo lo suyo en tal cantidad, que los bienes que tienes dentro con los de fuera resplandecen” (Rojas, 1991: 229); es pues, el candidato ideal para sufrir este mal.

Se lee en el *Lilium medicinae* que:

Esta pasión es corrompimiento determinado por la forma e la figura que fuertemente está aprehensionada, en tal manera que quando algún enamorado está en amor de alguna muger, e assí la concibe la forma e la figura e el modo, que cree e tiene opinión que aquélla es la mejor e la más fermosa e la más casta e la más honrrada e la más especiosa, e la mejor enseñada en las cosas naturales e morales que alguna otra, e por esso muy

² Las cursivas son mías.

ardientemente la cobdicia sin modo e sin medida, teniendo en su opinión que si la pudiese alcançar, que ella sería su felicidad e su bienaventurança (Cátedra, 1989: 213).

Ésta parece la descripción de la pasión de Calisto por Melibea. En el Primer Auto éste se dirige a la dama con unas palabras desproporcionadas: su belleza es signo de la grandeza de Dios, se considera “imérito” de contemplarla y considera su “cuerpo glorificado”, al gozar de la misma gracia que tendrían los santos en el cielo; más tarde, en privado con Sempronio se considera a sí mismo Melibeo y compara a la dama con el Creador: “Por Dios la creo, por Dios la confieso, y no creo que ay otro soberano en el cielo, aunque entre nosotros mora” (Rojas, 1991: 222).

Es evidente que el amor de Calisto es la expresión de su deseo sexual, pues su intención es poseer a Melibea. En el primer encuentro con ésta, alude a su deseo, que se oculta bajo el disfraz cortés del “mayor galardón” que espera obtener; de allí la ira con la que la mujer responde a sus pretensiones. En este sentido, creo que puede interpretarse la frase de Melibea: “¡Vete, vete de aý, torpe: que no puede mi paciencia tollerar que aya subido en corazón humano conmigo el ylicito amor comunicar su deleytel!” (Rojas, 1991: 213). Al parecer, lo que la joven le recrimina a Calisto es que haya permitido que sus deseos (el “ilícito amor”) suban, a manera de vapores, al corazón; es por eso que lo juzga no sólo atrevido, sino torpe.

Más adelante, al conversar Calisto con Sempronio, éste le explica a su amo que entre los defectos de las mujeres está el deseo carnal, a lo cual el joven reacciona con vivo interés:

Sem.: —Ella es imperfeta, por el qual defeto desea y apetece a ti y a otro menor que tú.
¿No has leýdo el filósofo do dize: “Assí como la materia apetece a la forma, assí la muger al varón”?

Cal.: —¡O triste! ¿quándo veré yo esso entre mí y Melibea? (Rojas, 1991: 232).

Cuando la vieja Celestina le lleva el cordón de su amada a Calisto, los desvaríos de enamorado lo hacen confundir el objeto con la persona anhelada, por lo que Sempronio lo amonesta:

Sem.: —Señor, ¿por holgar con el cordón no querrás gozar de Melibea?

Cal.: —¿Qué? ¡Loco, desvariado, atajasolazaes! ¿cómo es esso? (Rojas, 1991: 352).

Lo cual demuestra, sin ninguna duda, que es el deseo sexual de Calisto lo que se esconde bajo las palabras amorosas provenientes de la tradición cortés.

El tratado de Bernardo de Gordonio continúa explicando los efectos del amor:

E tanto está corrompido el juizio e la razón, que continuamente piensa en ella e dexa todas sus obras, en tal manera que si alguno fabla con él non lo entiende, porque es en continuo pensamiento (Cátedra, 1989: 213).

Sempronio insiste muchas veces en el “loco está mi amo”, pues se comporta como enajenado; nada tiene en el pensamiento que no sea su amor por Melibea; ésta, a su vez, juzga como “loco atrevimiento” la deshonesto intención de Calisto en el Primer Auto, mientras que en el Quarto, en un breve diálogo con la alcahueta, acumula una serie de denuestos que lo definen: “esse perdido”, “¡De locura

será su mall”, “¿dar vida a un loco?”, “esse loco, saltaparedes”, “quise más dexarle por loco” y “de los locos es estimar a todos los otros de su calidad”, por no mencionar también que lo tacha de desvariado y perdido.

El poco interés que demuestra Calisto hacia quienes lo rodean, se evidencia en el diálogo que sostiene con Sempronio en el Primer Auto, pues aunque éste le presenta muchos argumentos en contra de las malas mujeres, el amo se siente aún más enamorado. Su enajenamiento lo llevará también a ignorar la presencia de Pármeno en dos ocasiones, lo cual ayudará también a volver al joven criado en contra suya.

El *Lilium* describe ahora los síntomas del *hereos*:

Son que pierden el sueño e el comer e el beber, e se enmagresce todo su cuerpo, salvo los ojos, e tienen pensamientos escondidos e fondos con sospiros llorosos. E si oyen cantares de apartamiento de amores, luego comiençan a reír e cantar. E el pulso dellos es diverso e non ordenado, pero es veloz e freqüentado e alto si la muger que ama viniere a él, o la nombraren, o passare delante d'él (Cátedra, 1989: 213).

Tales son los síntomas que aquejan a Calisto. Su carácter se muestra variable, pues del triste desconsuelo que siente al ser echado por Melíbea, pasa a la ira en contra de su criado Sempronio; luego, busca la soledad y la oscuridad en el retiro de sus habitaciones; después, llama de nuevo al criado para que le cante la más triste canción que sepa. Esta intervención de Sempronio describe perfectamente el estado de ánimo de Calisto:

En viéndote solo, dizes desvaríos de hombre sin seso, sospirando, gimiendo, mal trobando, holgando con lo escuro, deseando soledad, buscando nuevos modos de pensativo tormento; donde, si perseveras, o de muerto o loco no podrás escapar si siempre no te acompaña quien te allegue plazerer (...) buscar materia de tristeza, (...) es igual género de locura (Rojas, 1991: 270-272).

Con la llegada de Celestina se alegra y vuelve a sentirse vivo ante las promesas de la vieja; luego, la impaciencia lo consume, pues desea ver cumplido su deseo lo antes posible. Al ver el cordón de Melíbea, afirma sentirse alegre y confunde el objeto, como ya se vio, con la amada misma. Al día siguiente, Sempronio ignora si su amo ha dormido o pasado la noche en vela y, aunque el enamorado se niega a comer, acepta un bocado de acitrón.

“La pronosticación es tal que si los *hereos* non son curados, caen en manía o se mueren” (Cátedra, 1991: 214), tal y como advierte Sempronio. Las formas de aliviar el mal difieren de autor a autor; según López de Villalobos, existen diez posibilidades de cura: el ejercicio de la caza o de la pesca, el entretenimiento en juegos, la compañía agradable, los paseos, los consejos de amigos y parientes, el que “le pongan en gran pendencia/de tratos de suma y en mucho cuidado”, el alejamiento de la dama, el propiciar que alcahuetas lo hagan querer a otra mujer y, como último recurso, el matrimonio. Para Bernardo de Gordonio, en cambio, los remedios son: consejos de varón sabio; los golpes, si no responde a las palabras; obligarlo a oír noticias tristes que le hagan olvidar la pena o, por el contrario, narrarle sucesos alegres;

llevarlo a lugares lejanos; propiciar que ame a varias mujeres; estar en compañía de amigos y en lugares agradables y, si todo esto no funciona, se debe traer una vieja para que hable mal de la amada.

Sempronio parece desempeñar el papel de consejero, pues aconseja a su amo y le señala los defectos femeninos; sin embargo, no sólo sus palabras no surten efecto en el enfermo, ya que no es el más adecuado para cumplir esta función terapéutica, pues no es la persona grave que aconsejan los médicos, sino un criado falso, haragán y codicioso. Sempronio promete sanar a Calisto si le permite traer una alcahueta, la vieja Celestina, que se convierte, pues, en una suerte de médico: “De le dezir tu pena tan bien como ella te dará el remedio.” (Rojas, 1991: 234).

Calisto llamará a la vieja “mi salud” e intentará besarle las manos “llenas de remedios”; más adelante le dirá “¡O melezina presta!”. La vieja bien conoce el mal que aqueja a Calisto, pues le pregunta a Pármeno “¿Tú no sientes su enfermedad?” y, de nuevo, se compara con un médico: “es más cierto médico el experimentado que el letrado” (Rojas, 1991: 329).

Sin embargo, será en el Décimo Auto donde Celestina se muestre como verdadero médico, al dirigirse a la afligida Melibea:

Gran parte de la salud es dessearla, por lo qual creo menos peligroso ser tu dolor. Pero para yo dar, mediante Dios, congrua y saludable melezina, es necessario saber de ti tres cosas. La primera, a qué parte de tu cuerpo más declina y aquexa el sentimiento. Otra, si es nuevamente por ti sentido, porque más presto se curan las tiernas enfermedades en sus principios, que quando han hecho curso en la perseveración de su oficio (...) La tercera, si procede de algún cruel pensamiento que asentó en aquel lugar. Y, esto, sabido, verás obrar mi cura. Por ende, cumple que al médico, como al confessor, se hable toda verdad abiertamente (Rojas, 1991: 429-430).

A estas alturas, se descubre que el mal que agobia a Melibea es el mismo que padece Calisto: el amor. Sin embargo, para los tratadistas de la época, el *hereos* era un padecimiento exclusivo de varones. No será, pues, ésta la única ocasión en que la obra rompa con las expectativas de su época.

En la ampliación del Sexto Auto, Celestina describe a Calisto una Melibea que, después de ser presa de la ira, se ve aquejada por desmayos y aflicciones:

Y empós de esto, mill amortecimientos y desmayos, mill milagros y espantos, turbado el sentido, bulliendo fuertemente los miembros todos a una parte y otra, herida de aquélla dorada flecha que del sonido de tu nombre le tocó retorciendo el cuerpo, las manos enclavijadas como quien se despereza, que parecía que las despedaçava, mirando con los ojos a todas partes, acoceando con los pies el suelo duro (Rojas, 1991: 344)

Aún pensando que Celestina exagera la situación con tal de convencer a su cliente, no se debe perder de vista que los síntomas descritos parecen los propios de un ataque epiléptico, a causa del excesivo calor provocado por la ira. Sin embargo, se cuenta también con otro testimonio, el de Lucrecia, quien solicita, en el Noveno Auto, la presencia de la alcahueta, pues su señora: “se siente muy fatigada de desmayos y dolor de corazón” (Rojas, 1991: 422). A decir de Eukene Lacarra (1999: 20-22), la ira

demostrada en los Autos primero y cuarto, también podrían ser señales de la enfermedad que padece y que, en su opinión, se trataría del mal de madre o prefocación, el mismo malestar que padece Areúsa.

Siguiendo a Hipócrates, el “mal de madre” consiste en el desplazamiento del útero, a causa de su sequedad, hacia el cerebro, en busca de mayor humedad. Para Galeno, en cambio, la causa es de carácter tóxico: el semen femenino o menstruado que es retenido causa envenenamiento, lo que provoca los ahogos, la pérdida del conocimiento, la falta de pulso y la muerte, síntomas que empieza a manifestar Melibea. López de Villalobos, por su parte, describe así la enfermedad:

La prefocación es passion con quien viene
la gota coral y desmayos mortales,
por quanto ell esperma y la sangre se tiene
de dentro la madre, y daquesto prouiene
luego al coraçón y celebros estos males;
que así retenidos ell esperma y podrido,
se torna en ponçoña y enbia vapor
do el celebros se encierra y se encoge a su nido,
y del coraçón el esprito deuido
o sale aza el cuerpo por este temor. (Illades, 1991: 44).

La cura de este mal la conoce Celestina en carne propia: la causa de su afición al vino se debe primordialmente a que el mal de madre se mejora al mojar pan en vino. Otros remedios son los que le propone a Areúsa, quien se queja de sentir la matriz en los pechos:

Todo olor fuerte es bueno, assí como poleo, ruda, axiensos, humo de plumas de perdiz, de romero, de moxquete, de encienso: recibido con mucha diligencia, aprovecha y afloxa el dolor y buelve poco a poco la madre a su lugar (Rojas, 1991: 373-374).

Pero el mejor remedio es el coito terapéutico, el cual será aprovechado por la vieja hechicera para atraer definitivamente a Pármene a su causa. De más está decir que la cura es la misma que le convendrá también a la casta Melibea.

Trotula, una famosa médica salernitana, “ha afirmado que la abstinencia acarrea problemas profundos en la mujer, sobre todo la sofocación de la matriz, lo que se comprueba en el caso de las viudas” (Thomasset, 1992: 83), pero también en las jóvenes solteras, sobre todo si se considera que sus deseos refrenados causan un acumulamiento mayor de semen femenino. Como bien lo constata Pleberio, Melibea tiene veinte años, es demasiado vieja para una época en la que las jóvenes se casaban entre los doce y los quince años, según el Derecho Canónico y los usos de la época. Incluso, Celestina, en el Noveno Auto, evoca que sus pupilas oscilaban entre los catorce y los dieciocho años. Así pues, si se considera el dominio de la naturaleza sobre el sexo femenino, Melibea se ha visto impuesta a satisfacer sus necesidades fisiológicas. En este contexto es en el que se pueden comprender las palabras de Celestina, cuando equipara, en cuanto a los impulsos sexuales, a las castas doncellas con las que “aman públicamente”. Así, pues, si volvemos a la escena del conjuro, aparentemente Celestina ha intentado aprehender la voluntad de

Melibebe mediante un pacto con un ser sobrenatural, pero durante el desarrollo de la obra se muestra más como una hábil conocedora del ser humano, no sólo en sus aspectos psicológicos sino también en los físicos, por lo que la pregunta sigue en el aire: ¿médica o bruja?

Obras citadas

- Botta, Patricia (1994), "La magia en *La Celestina*", *Dicenda*, 12. pp. 37-69.
- Cátedra, Pedro M. (1989), *Amor y pedagogía en la Edad Media (Estudios de doctrina amorosa y práctica literaria)*, Salamanca: Universidad.
- Gómez Fernández, J. Ramón (1999), *Las plantas en la brujería medieval: propiedades y creencias*, Madrid: Celeste Eds.
- Illades Aguiar, Gustavo (1999), *La Celestina en el taller salmantino*. Publicaciones Medievalia 21, México: UNAM.
- Lacarra Lanz, Eukene (1999), "Calisto y el amor hereos." *Ínsula* 633 (sep.). pp. 20-22.
- Lida de Malkiel, María Rosa (1962), *La originalidad artística de La Celestina*. Bs.As.: Eudeba.
- Mérida Jiménez, Rafael M (2004) "Los oficios de Celestina." en *El gran libro de las brujas*. México: Océano. pp. 327-361.
- Rojas Fernando de (1991), *La Celestina. Comedia o Tragicomedia de Calisto y Melibebe*, Ed., introd. y notas de Peter E. Russell. ed. corregida. Clásicos Castalia. 191. Madrid: Castalia.
- _____ (1998). *La Celestina*, Ed. Dorothy Severin, notas D. Severin y Maite Cabello, 11ª. ed. Letras Hispánicas 4, Madrid: Cátedra.
- Russell, Peter E. (2001), "La magia, tema integral de *La Celestina*." en *Estudios sobre la Celestina*. Ed. Santiago López-Ríos. Fundamentos 198. Madrid: Istmo. pp. 281-311.
- Thomasset, Claude (1992), "La naturaleza de la mujer" en *Historia de las mujeres en Occidente*, Dir. Georges Duby y Michelle Perrot. Trad. Marco Aurelio Galmarini y Cristina García Ohlich, Madrid: Taurus. t. II. pp. 61-90.
- Vian Herrero, Ana (1990), "El pensamiento mágico en Celestina, 'instrumento de lid o contienda', en *Celestinesca*, 14.2. pp. 41-91.
- Wade Labarge, Margaret (1989), *La mujer en la Edad Media*. Trad. Nazaret de Terán. 2a. ed. Madrid: Nerea.